

está terminada, escribía el general Della Rocca: «Terminada sin una victoria (1)».

Victor Manuel, que quería mostrarse atento con Napoleón, cuyos beneficios no había olvidado, dulcificó al principio las repugnancias de los que le rodeaban, y su primer telegrama de 5 de julio fué una acción de gracias «por el interés con que Su Majestad Imperial miraba la causa italiana,» añadiendo únicamente á esta manifestación que la gravedad de su situación le obligaba á entenderse con Prusia y á oír el parecer de sus propios consejeros. Al día siguiente, en un despacho del Sr. Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros, quedaron formuladas más concretamente las objeciones, las cuales eran: que nada podría resolverse sin previo acuerdo con Berlín; que la forma de cesión parecía de tal índole que podría ofender la dignidad nacional, y que importaba que el trazado definitivo de las fronteras asegurara en lo futuro la independencia del país. Lo que el rey no había hecho más que insinuar y lo que el Sr. Visconti-Venosta había indicado con cierta reserva, quiso acentuarlo con su rudeza ordinaria el barón Ricasoli, jefe del gabinete, el cual recibió muy malhumorado al ministro de Francia que había ido á visitarle; y cuando éste le hubo dicho que el gobierno de Berlín había aceptado la mediación, apresuróse á replicar en tono perentorio que si Prusia había aceptado los buenos servicios de Francia, nada demostraba, en cambio, que se hubiese adherido al armisticio.

Una impresión de susceptibilidad dolorosa se apoderaba de los mejores amigos que Francia y Napoleón tenían en Italia. La Mármora escribía al Sr. Nigra desde el cuartel general: «Me explico que el emperador procure contener á Prusia, pero es en extremo sensible que lo haga en detrimento del honor de nuestro país. Recibir Venecia como regalo de manos de Francia es humillante y todo el mundo creerá que hemos hecho traición á Prusia. Ya no se podrá gobernar en Italia; el ejército carecerá de todo prestigio. Procurad, pues, evitarnos la dura alternativa de una humillación intolerable ó de una desavenencia con Francia (2).»

En París, el Sr. Nigra, siempre alerta, había sorprendido, gracias á las inteligencias que tenía en el gobierno y en la corte, algo de las recientes deliberaciones de las Tullerías. La política del Sr. Drouyn de Lhuys, aunque no había sido adoptada, podía serlo, bastando el más pequeño cambio de influencia para hacerla prevalecer; y en estas circunstancias, en las que tan importante lugar ocupaba lo imprevisto, el representante de Italia recibía siempre con cierta inquietud las instrucciones que le enviaban desde Florencia y los despachos que le llegaban del cuartel general, pareciéndole temeridad todo lo que en éste y en aquélla se consideraba como legítimo amor propio. En la noche del 7 al 8 de agosto telegrafió al Sr. Visconti-Venosta: «Si rechazamos el armisticio, el emperador se propone convocar el Cuerpo legislativo, exponerle nuestra negativa, pedir armamentos y devolver Venecia al Austria, y hasta me temo que se llegue á una alianza franco-austriaca.» El

(1) Carta de 6 de julio (*Autobiografía di un veterano*, tomo II, pág. 265).

(2) La Mármora, *I segreti di stato nel governo costituzionale*, pág. 12.

Sr. Nigra convenía «en que una victoria habría sido el mejor medio de salvar la situación...» y por esto «había aconsejado que se pusieran las tropas en movimiento lo más pronto posible;» «pero, añadía, ahora es ya demasiado tarde y os ruego que reflexionéis sobre la conveniencia de que el rey y la nación hicieran el supremo sacrificio de su justa susceptibilidad.»

A pesar de estos consejos, Italia continuó ofreciendo al mundo el más singular espectáculo, ó sea el de una nación que se rebela contra su buena suerte. El día 8 de julio, Víctor Manuel protestó, en dos despachos dirigidos al emperador, contra la forma propuesta por el Austria para la cesión de Venecia: importaba que ésta fuese cedida directamente, lo propio que las fortalezas, y añadía el rey, poniendo con ello al descubierto sus ambiciones, que la seguridad de las fronteras exigiría la anexión del Tirol. Con estas condiciones y á reserva del acuerdo con Prusia, aceptaba Víctor Manuel la mediación y el armisticio. Al día siguiente disminuyeron algo las exigencias, pues ya no se pedía la cesión directa, sino la entrega de las fortalezas; en cambio, persistíase en reservar la cuestión del Tirol para cuando se entablaran las negociaciones de la paz. El mayor peligro estaba en la opinión pública. La prensa, considerando como una injuria el reciente beneficio, desatóse en censuras contra los franceses, y como después de Villafranca, aparecieron en los aparadores de las tiendas los retratos de Orsini; en cuanto á los militares, nunca se habían mostrado tan belicosos como ahora, cuando ya la guerra no tenía objeto. Para que Italia sacudiera decididamente la influencia de Francia, sólo faltaba invadir el territorio que la reciente concesión del Austria había substraído á la acción de los ejércitos italianos. Pues bien, cuatro días después de la oferta de mediación, Cialdini atravesó el Po, y evitando pasar por cerca de las fortalezas, penetró en Venecia. Para el Austria, que había renunciado á aquella provincia, no era aquel acto una gran temeridad; en cambio lo era respecto de Napoleón, que había recibido la investidura de aquel territorio y no había hecho aún donación del mismo á los italianos. Grande fué la alegría que produjo en Italia la osadía del general Cialdini, y á ella hizo coro en Florencia el ministro de Prusia, señor de Usedom.

Decididamente nuestra voz á nadie contenía, ni á los prusianos que penetraban en Moravia, ni á los italianos que se extendían al Norte del Po. ¿Había que renunciar á toda gestión amistosa, que probablemente sería inútil, y refugiarse en el silencio sin intentar nuevos esfuerzos? ¿Era preciso volver al proyecto de mediación armada que por un momento se había debatido? En tales circunstancias ofrecíase otra solución que tal vez, en aquel instante, habría sido la menos mala, la más propia para disminuir nuestra responsabilidad y conjurar las consecuencias de nuestras faltas.

Esta solución tenía un nombre que Napoleón había con frecuencia pronunciado. ¡Cuántas veces en sus discursos no había lanzado ante la Europa espectante la palabra *Congreso!* En las épocas medianamente turbulentas, estas asambleas tienen un peligro temible, el de evocar, además de las cuestiones en litigio, todas aquellas otras que hace tiempo no atraen la atención pública, en cual caso sucede que, queriendo calmar una tem-

pestad benigna, se promueven tormentas en todas partes; pero cuando la perturbación es tal que no es probable que pueda ser mayor, la aprensión de un mal peor desaparece y lo que en tiempo ordinario sería peligroso adquiere el carácter de recurso supremo. Después de Sadowa, el aspecto complicado de las cosas parecía reclamar ese remedio heroico del congreso, que también Rusia deseaba, pues, cualesquiera que fuesen sus simpatías por Prusia, había visto con gran disgusto la destrucción de la antigua Dieta. Ciertamente el zar había deseado el triunfo de su tío, el rey Guillermo, pero los éxitos de éste hacían sombra al sobrino; cierto también que San Petersburgo no sentía afecto alguno por Viena, pero Austria se veía más humillada de lo que exigía la seguridad de Europa; cierto, finalmente, que Gortschakoff había favorecido los proyectos de Bismarck, pero el discípulo había igualado al maestro y aun le había superado, cosa realmente intolerable. La demanda de apoyo que le dirigieron los pequeños príncipes germánicos había de acabar de decidir á la corte de Rusia. De aquí la idea de un congreso que, sin discutir los derechos legítimos de la victoria, evitara el completo desquiciamiento de Alemania. ¿Por qué Francia no aprovechó la ocasión de borrar los recuerdos de Polonia y de contener, con ayuda de Alejandro, la ambición desmedida de Prusia? Napoleón temía que una reconciliación con Rusia fuese precaria, y por otra parte, aún sonaban en sus oídos las halagadoras palabras del Sr. de Goltz y, á pesar de las apariencias contrarias, perseguía el ensueño de ser el único pacificador y árbitro. Por esto quedó sin respuesta una insinuación que tantas razones de alta política aconsejaban aceptar; Napoleón, sin acordarse de los primeros disgustos, reanudó su misión conciliadora entre los beligerantes, y el señor Benedetti recibió la orden de dirigirse al cuartel general del rey Guillermo.

IV

Desde la capital de Prusia hasta las fronteras de Moravia, todas las carreteras, todas las vías férreas estaban atestadas de trenes de heridos, de columnas de prisioneros y de convoyes de víveres y municiones. En medio de todas estas imágenes de la guerra realizó su viaje el Sr. Benedetti, quien salió el 9 de julio de Berlín, llegó el 10 por la noche á Koeniginhof y atravesó el 11 una parte del campo de batalla de Sadowa. Ni en Pardubitz ni en Hohenmauth pudo hallar al rey, pero á la noche pudo por fin alcanzar al cuartel general en Zwitau y un centinela que había á la entrada del campamento indicóle la casa en donde Bismarck se alojaba. «La torpeza de nuestra policía militar, escribió más adelante en sus *Memorias* el canciller del imperio alemán, permitió á Benedetti sorprenderme en Zwitau,» observación malévolamente que tiene el doble defecto de ser una jactancia y un anacronismo, pues aún no había llegado la hora de poder desembarazarse del representante de Francia. Cuando el Sr. Lefevre de Behaine, que acompañaba al embajador en calidad de primer secretario, se avistó con Bismarck para anunciarle la presencia de su jefe, el hombre de Estado prusiano limitóse á manifestar su sorpresa, y después de haberle dicho que no tenía el menor indicio que le permitiera presentir aquel

paso, añadió: «Esta ignorancia no debe extrañar á usted porque con frecuencia aparecen cortados por manos desconocidas todos los hilos telegráficos.» En esto llegó el Sr. Benedetti y el primer ministro le dispuso la más cortés acogida y hasta le propuso con su habitual sencillez que compartiera con él su alojamiento.

Aquella amable solicitud no había de facilitar gran cosa la difícil misión del diplomático francés. El hombre á quien poco antes viera en Berlín furiosamente atacado por sus adversarios, discutido por muchos amigos y agobiado bajo el peso de su responsabilidad, se le aparecía ahora glorificado por el triunfo y superior, de allí en adelante, á las vicisitudes de la suerte. Por encima del ministro estaba el rey con la mente llena de conquistas, y á su lado los generales ávidos de nuevos laureles; y en medio de aquel ejército victorioso, el embajador había de parecer pequeño, aun ostentando la representación de Francia. A esta causa general de desigualdad agregábanse para el negociador las dificultades resultantes de su situación respecto de su propio país, pues el gobierno francés, al confiar al Sr. Benedetti la más alta misión, ni le había explicado sus propósitos ni le había dado poderes para contratar. Había de insistir para que Prusia aceptara el armisticio y, empleando para ello toda su influencia, lo hiciera aceptar por Italia; pero aparte de esta recomendación general carecía de instrucciones positivas é ignoraba las condiciones concretas de paz que estaba dispuesto á patrocinar el emperador, su soberano. Tampoco sabía si los consejos de que era portador estarían apoyados por alguna demostración material ó quedarían sin sanción; y, por último, para el caso de que Bismarck se convirtiera nuevamente en tentador, no estaba autorizado para aceptar los ofrecimientos ni para rechazarlos. Esta falta de instrucciones, ¿era hija de una confianza limitada? ¿Sería más consecuencia de la incertidumbre que reinaba en París? Fuese cual fuere el verdadero motivo de aquella situación equívoca, toda la flexibilidad del Sr. Benedetti, toda su experiencia diplomática no bastarían á compensar todo lo que su papel tenía de ambiguo y mal definido.

Desde los primeros instantes y sin retirarse á descansar, Bismarck se puso á discutir con el embajador los intereses de la guerra y de la paz; y habiéndole el diplomático francés recomendado el armisticio, respondió primero en términos conciliadores y rindiendo homenaje á las intenciones de Napoleón. Pero luego, considerando hábil mostrar cierta resistencia, empleó un lenguaje algo más fuerte y expuso con gran energía los peligros de nuestra intervención. Dijo que el Austria sólo deseaba ganar tiempo y reconstituir su ejército; que con la cesión de Venecia había ya simplificado considerablemente la tarea de su defensa; y que el armisticio le aseguraría una probabilidad más para mejorar sus asuntos. Hoy, añadía el primer ministro, tenemos abiertas las puertas de Viena; dentro de algunos días las encontraremos cerradas. Y hablando de esta suerte daba á entender Bismarck, no sin cierto tono de censura, que si Prusia perdía parte de los frutos de su victoria, tendría derecho para imputar á Francia la interrupción de sus triunfos. Nuevamente encomió el señor Benedetti las ventajas de la moderación, demostró que en el interés de los vencedores estaba, en

vez de reducir al Austria a la desesperación, ofrecerle una paz honrosa, y aun se atrevió a hablar de medidas preventivas que pudieran verse obligados a adoptar los Estados vecinos. Bismarck, sin contestar a estos argumentos, se excusó con el rey cuyas órdenes era preciso tomar, y con Moltke que, en tiempo de guerra, tenía una autoridad preponderante, y la entrevista terminó sin que se resolviera nada.

Al día siguiente, el embajador vió al soberano que, como de costumbre, mostróse muy amable, pero también muy hábil en eludir toda respuesta categórica. Bismarck había invocado la necesidad de consultar al soberano, y el soberano, que, cuando convenía, era un verdadero monarca constitucional, alegó a su vez la necesidad de ponerse de acuerdo con sus consejeros. Como en el entretanto el ejército seguía avanzando, el cuartel general llegó al campamento de Czernahora, en donde se celebró un consejo de guerra al cual asistieron Moltke, Bismarck, el general Roón y casi puede decirse que el mismo Sr. Benedetti, puesto que la deliberación se celebró al aire libre, en una terraza en donde estaba sentado el diplomático francés. Como resultado de aquella conferencia, se tomó el acuerdo de ofrecer al enemigo un armisticio de tres días, y por una singular inversión de papeles tocó al primer secretario de la embajada francesa, el Sr. Lefevre de Behaine, la misión de llevar la proposición a Viena. Los austriacos rechazaron el proyecto, y otra cosa no podía ser desde el momento en que los prusianos, si bien se obligaban a mantenerse durante la tregua a tres millas de Olmutz, no se comprometían a no efectuar los movimientos que les permitieran cercar aquella plaza. El Sr. Benedetti, muy desconcertado por tantos aplazamientos y sin obtener más que respuestas, siempre corteses, pero siempre incompletas, resignóse a seguir de etapa en etapa a los vencedores. Delante del ejército se extendían las vastas llanuras de la Moravia que en otro tiempo atravesaron las huestes de Napoleón; y el 15 de julio el cuartel general se instaló en Brünn, a seis leguas de Austerlitz.

Aunque su situación era un tanto falsa y penosa, el embajador francés tenía de su parte algunas circunstancias que habría sido fácil explotar y de las cuales la mejor era el estado de ánimo de Bismarck, cuya resistencia, a pesar de ser bastante enérgica, era puramente superficial y tenía por principal objeto dar mayor valor a sus concesiones. A raíz de la jornada de Sadowa había experimentado, como todo el mundo, la fascinación de la victoria, y más adelante la certidumbre de la inercia de Napoleón había de animarle a quitarse la careta y atreverse a todo; pero en aquel momento hallábase en un período intermedio que no era ya el del deslumbramiento ni era todavía el de la seguridad. En el fondo, el primer ministro no estaba convencido ni podía convencerse de que el emperador permaneciera inactivo hasta el final, y si bien sabía por sus emisarios, según afirmó posteriormente, que Francia no estaba preparada para la guerra, comprendía que aun medianamente preparada podía ser muy peligrosa si se aliaba con Austria. A estas aprensiones se juntaban otros temores, como el de la infidelidad italiana y el de las resistencias que pudieran venir de San Petersburgo. Además, los informes llegados al cuartel general comenzaban a dar cuenta de los estragos que el cólera causaba en el

ejército. Bismarck, dominado por todas estas preocupaciones, y cualesquiera que fuesen sus aparentes objeciones, tenía prisa por que todo terminara y por almacenar la abundante cosecha de Sadowa, aun cuando para ello hubiera de abandonar algunas gavillas; en estas condiciones, de buena gana habría apresurado una inteligencia directa con Austria, y dícese que a este efecto hizo llegar al gobierno de Francisco José, por conducto de San Petersburgo, algunas indicaciones en tal sentido, mientras un personaje de modesta categoría, el señor Giskra, burgomaestre de Brünn, era enviado a Viena para hacer insinuaciones análogas. El primer ministro se dedicaba a contener al rey, muy ávido de engrandecimientos, y a calmar a los generales, y aludiendo a la entrada en Viena, triunfo que de antemano entusiasmaba a los militares, decía: «Será un recuerdo agradable, pero nada más (1).» En parecidos términos hablaba a Moltke, llamándole la atención sobre el prestigio de una campaña que terminara sin ningún fracaso: «Hasta ahora, añadía, no tenemos mancha alguna en nuestro chaleco blanco.»

Estas disposiciones de Bismarck permitían que nuestra mediación terminara de un modo, si no ventajoso, por lo menos decente y poco perjudicial. Las conversaciones del ministro daban a entender que Prusia sólo tenía dos exigencias totalmente absolutas: la primera, el establecimiento de una Confederación de la Alemania del Norte; la segunda, un aumento de territorio suficiente para reunir al resto del reino las provincias renanas que habían estado separadas de él hasta entonces. El día 15 de julio, el Sr. Benedetti escribía desde Brünn al Sr. Drouyn de Lhuys: «El presidente del consejo me ha declarado que al rey le satisfaría una promesa personal del emperador que le garantizara, en términos más ó menos generales, la benevolencia de Su Majestad sobre ciertos puntos esenciales, especialmente en lo relativo a la contigüidad de las fronteras de Prusia y al vínculo que debiera establecerse entre ésta y los Estados de la Alemania del Norte. En este caso, podría concertarse el armisticio desde luego... a menos de que a ello pusiera obstáculos Italia (2).» Tales pretensiones, después de tan brillantes éxitos, eran bastante modestas, pues nadie podía disputar a Prusia el derecho de organizar a su gusto una confederación al Norte del Mein; y en cuanto a las anexiones, si se limitaban a la adquisición de tres ó cuatrocientos mil súbditos, si en vez de hacer desaparecer Estados soberanos se reducían a soldar los dos grandes fragmentos de la monarquía prusiana, el resultado vendría a ser casi el mismo que había previsto el propio Napoleón cuando en su carta de 11 de junio había deseado para Prusia una configuración mejor. Lo más inteligente hubiera sido aprovechar aquel momento, el último momento, en que, por el temor de una conferencia europea, Bismarck se mostraba moderado en sus pretensiones y el mismo rey menos intratable. La Alemania del Norte, aunque fuertemente ligada a Prusia y salvo algunas disminuciones de territorio, habría conservado sus príncipes; la Alemania del Sur acaso no habría perdido su independencia; y nosotros mismos, después de todas

(1) Bismarck, *Pensées et souvenirs*, tomo II, pág. 44.

(2) Véase Bernardo de Harcourt, *Les Quatre Ministères de M. Drouyn de Lhuys*, pág. 275.

nuestras faltas, habríamos podido encerrarnos en el silencio y en la resignación sin tener que sufrir decepciones demasiado crueles.

Pero no sucedió así. El Sr. Benedetti, que había ido al cuartel general para aconsejar el armisticio, no tenía poderes ni autoridad para salir responsable por su gobierno. La obscuridad y los retrasos de los mensajes telegráficos, las dificultades de una inteligencia con Italia, la multiplicidad de las negociaciones que acababa por producir un verdadero embrollo, todo esto aplazó la solución que habría sido muy conveniente precipitar.

V

En París la confusión de la política imperial autorizaba todas las intrigas y permitía todas las audacias. Los partidarios del Austria, a quienes dejara atrás en el consejo de 5 de julio la influencia del Sr. de La Valette, habían recobrado su ánimo y su serenidad tras un corto período de abatimiento. «Drouyn de Lhuys excita al emperador y continuamente conferencia con Metternich,» escribía en 8 de julio el embajador de Prusia; y el día 11 el ministro de Negocios extranjeros entregaba a Napoleón una memoria en la que analizaba, en términos muy acusatorios, los proyectos de Bismarck, que tendían nada menos que a mediatizar a todos los soberanos germánicos y a fundar con apariencias de dualismo la unidad de toda la Alemania (1). Por su parte, el mariscal Randón, ansioso de protestar contra el reproche de imprevisión, hacía estudiar un plan de movilización, en el que trabajaba noche y día su jefe de gabinete, el coronel Colson (2). En opuesto sentido, los amigos de Italia y de Prusia insistían en demostrar nuestra penuria y profetizaban fracasos y catástrofes. A decir verdad, cada día de aplazamiento era para ellos una ventaja, porque una demostración militar ejecutada a raíz de la batalla de Sadowa había de ser peligrosa, casi temeraria, enfrente de los contingentes vencidos del Sur, del Austria cada vez más abatida, y de Prusia de día en día más dueña de sus fuerzas. El más ardiente enemigo de la política intervencionista era el príncipe Napoleón, quien estaba a punto de partir para Italia a fin de aconsejar el armisticio y en el entretanto pedía, suplicaba al emperador, con su ordinaria vehemencia, que no destruyera la obra de 1859, que cambiara la causa de las nacionalidades por la de la contrarrevolución, que no se uniera al *cadáver austriaco*. En medio de este conflicto de opiniones rivales, la emperatriz moviase agitada, nerviosa, iluminada por las intermitentes, pero vivísimas luces de su presciencia maternal. Unas veces disimulaba sus terrores bajo apariencias chancearas: «En verdad que me hacéis temblar, decía en una ocasión al príncipe de Reuss que le explicaba las fuerzas de Prusia. Con el desarrollo de vuestro poder corremos el riesgo de veros algún día delante de París y resultará que una noche me acostaré francesa y a la mañana siguiente me despertaré prusiana.» A todo esto, al través de las puertas de las Tullerías veíase pasar y re-

(1) Véase *Documents pour l'histoire contemporaine*, publicados por M. Pradier Fodéré, pág. 16.

(2) Carta del general de Miribel, de 18 de febrero de 1874 (*Mémoires du maréchal Randón*, tomo II, pág. 148).

pasar a los altos funcionarios del reino, vagamente alarmados acerca de su propia suerte y de la de su soberano y olvidando su carácter hasta el punto de hacer pronósticos cuya gravedad no suavizaba ya la adulación. Los que estaban fuera de París ó no se atrevían a acercarse al príncipe, consignaban en graves mensajes la expresión de sus inquietudes; muchas de esas cartas han sido encontradas posteriormente en el palacio, no habitado ya por sus antiguos huéspedes, y quedan como testimonio de una perspicacia preñada de preocupaciones. Desgraciadamente aquellos consejeros ociosos, por mucha que fuese la sensatez de sus críticas, no lograban disimular su perplejidad cuando llegaba el momento de formular conclusiones. ¿Qué decir?, en efecto. ¿Qué plan formar? ¿Y no era acaso ya demasiado tarde para desandar el camino de las faltas pasadas?

El soberano, encerrado en las Tullerías, sentíase más turbado que ilustrado por todos los consejos que llegaban hasta él, y los que en aquel entonces le trataron de cerca no vacilan en afirmar que aquellos días fueron de los más tristes de su reinado, de los más sombríos de su existencia. Atravesaba ya las primeras crisis de la afección reumática y nefrítica que tres semanas después había de inspirar a sus familiares grandes inquietudes, y el dolor atormentaba su cuerpo tanto como la política gastaba su espíritu. Adondequiera que dirigiese la vista sólo se ofrecían a sus ojos motivos de preocupación: la cuestión de México, que no podía llevar adelante sin peligro ni interrumpir sin deshonor; la cuestión romana, siempre pendiente y jamás resuelta; la Italia hoy rebelde y mañana quizás enemiga. Y a esto se unían las dificultades secundarias, tales como la cosecha mediana y los estragos del cólera, como si Dios, cansado de favorecernos, quisiera retirarnos toda su protección. Napoleón, que había querido conocer y resolver por sí mismo todos los asuntos, comprendía que toda la responsabilidad subía directamente hacia su persona, sin detenerse en esos escalones intermedios en donde se encuentra, en las monarquías libres, a los ministros revocables. Junto al trono había muchos que daban pareceres, pero no había un consejero bastante audaz y de bastante genio para sobreponerse a la confusión general, trazarse un camino y seguirlo. Morny había muerto; Persigny era un amigo regañón, caprichoso, de inteligencia generalmente obscura y que sólo se iluminaba con fugaces destellos; Walewski, que pronto había de caer en una semidesgracia, se distinguía más por su sentido recto que por sus aptitudes de hombre de Estado; y Rouher tenía fijos los ojos en el Cuerpo legislativo y la política exterior no era, en su concepto, sino un factor secundario destinado a hacer más fácil la política interior. El infeliz soberano, muy solo aunque rodeado de mucha gente, no tenía en ciertos momentos más deseo que sustraerse al exceso de su cansancio, concentrarse en sí mismo y buscar en uno de aquellos ensueños que tanto le habían gustado siempre el olvido de sus perplejidades ó de sus sufrimientos. En aquellos instantes de enajenamiento, no escuchaba a nadie, a nadie respondía y producía en los que se le acercaban una impresión extraña: en unos asombro al ver tanta indiferencia; en otros el convencimiento favorecido por un resto de ilusiones, de que aquel silencio y aquella meditación encerraban alguna concepción genial. Y cuan-